

## ***TONTOLESCENCIA***

*Silencio. Shhhhh, desconecta. No, no lo intentes, no lo vas a conseguir.*

La gente dice que estamos en la adolescencia, pero yo todavía no lo entiendo. No sé en qué momento, sin darnos cuenta, entramos en ella. Pero dentro es como... como si entraras a una cueva llena de focos enormes, focos blancos, que te deslumbran. Esa es mi sensación. Millones de focos apuntándote. Cuando buscas la paz y el silencio en una cueva y ves miles de estímulos intentando captar tu atención es... desesperante. Si te paras a pensarlo, también son necesarios, te hacen compañía cuando te habías autoconvencido de que lo que buscabas era soledad, pero realmente era la excusa para no aceptar que nadie te entendía. Aunque a veces solo querías apagarlos, silenciar ese pitido incesante que llena tu mente.

No quieres mirar adelante, tampoco quieres mirar atrás. No quieres mirar, pero no puedes evitarlo. Estás encerrado en un pasillo infinito. Muy estrecho, en el que apenas cabes, pero no puedes salir. Llevas dentro tanto tiempo que ni te acuerdas cómo entraste. A tu alrededor solo hay estímulos que captan tu atención, luces, focos, altavoces, sonidos, vibraciones, alertas, llamadas, notificaciones... Intentas avanzar como única salida, pero siempre hay algo que capta tu atención, -Cumpleaños Amanda- te recuerda una nube flotante de color verde, acompañada de un estruendo breve pero molesto, tanto, que hace vibrar todo el túnel en el que te encuentras. Sigues andando mientras suena tu canción favorita a todo volumen, tanto que incluso empieza a ser desagradable, pero no te importa porque te evade de todo lo demás. De un momento a otro, hay algo que es capaz de sonar por encima de esa melodía que te sabes de memoria. Es una voz que no acabas de identificar, pero la reconoces, una que escuchas todos los días, todas las mañanas -Baja de las nubes, hijo-. Sigues andando, empieza a oler diferente, te sumerges en una especie de nube que te invade, no sabes por qué, pero sonrías -quedamos mñ????- te pregunta un mensaje enorme y esa sonrisa, se hace todavía más grande. Avanzas y unos calzoncillos se descuelgan del techo, al verlos, te das cuenta de que has estado tan embobado en alertas, que no te has ni percatado de una cosa tan simple como subirte los

pantalones. Así es una y otra vez, el tiempo sigue pasando y tú sigues dejándote llevar hasta un punto que no puedes más, pero estas luces, sonidos, olores y dibujos, te esclavizan. Intentas taparte los oídos, no soportas más la voz de tu madre -No sé cuánto más voy a soportar la *tontolescencia* esta- vuelve a repetir, se ha puesto en bucle. Te cubres las orejas con las manos y los gritos y reclamos cesan. Pero una imagen llama tu atención y vuelves a lo mismo. Luego te tapas los ojos, pero escuchas a uno de tus amigos alzando la voz -¡Eres gilipollas, me cagüen tu puta madre!- no eres capaz de salir. La claustrofobia que te lleva persiguiendo desde que tienes memoria se hace más grande. Y más. Y más. Cada vez más. Tanto, que te falta el oxígeno. No puedes respirar. Se te hinchan los pulmones, pero nada los llena. Tu corazón late rápido. Y fuerte. Muy fuerte. Tanto, que hace que tiembles en cada latido. Tus oídos pitan sin cesar, un pitido que eres incapaz de ignorar. Tus piernas son débiles, no aguantarás mucho más de pie. Te encorvas, ya no tienes fuerza en tu espalda. Cierras los ojos muy fuerte, todo lo que las escasas fuerzas que te quedan permiten. Dejas de verlo todo, ya no hay luces, ya no hay alarmas, avisos, notificaciones, dibujos, calzoncillos. Solo negro y un pitido incesante. Tus dedos índices, por supervivencia tapan tus oídos y ese pitido decrece. Pero muy poco a poco. No ves el final, no crees que eso pueda acabar. Hasta que acaba. Pero lo sigues oyendo. Cada vez menos, y menos, y... silencio. Al abrir los ojos, no sabes cuánto ha pasado, ni dónde estás, solo ves una enorme puerta blanca que resalta a escasos metros como continuación del enorme tubo en el que te veías encerrado. Es una puerta lisa, simple, perfecta, no tiene ningún relieve, solo sobresale el pomo, también blanco, apenas apreciable. A lo que te das cuenta, has abierto la puerta, has cruzado su marco y estás dentro. La cierras, un ligero portazo resuena. Estás dentro de una habitación, es totalmente cuadrada, y su altura la convierte en un cubo perfecto. Te sientas en el centro, te tumbas, te desplomas. Observas las cuatro esquinas que tienes encima. Primero una, luego otra, y la otra, la última... luego bajas por las aristas, ves otra esquina, dibujas el cubo entero. Es perfecto, y nada ni nadie te impide la visión. Solo estás tú. Ahora ya sabes cómo parar, cómo silenciar todas las voces, apagar todos los sonidos. Solo tienes que girar la manivela. Puedes salir afuera siempre que quieras, y te verás obligado a

hacerlo, pero siempre que lo necesites, habrá un pomo que te transportará a la paz absoluta. Esa que deberíamos ser capaces de alcanzar fuera, deberíamos poder encontrarla estemos donde estemos, aún en mitad del pasillo, pero a veces, no somos capaces de hacerlo, y no pasa nada. No pasa nada siempre que tengamos una puerta al alcance. Y esa es tu misión cuando llegas a la *tontolescencia*, cuando tus padres ya no serán más esa puerta. Tu misión, es encontrar una puerta que te salve de todas las voces, imágenes, recordatorios, avisos, notificaciones, gritos... una que te salve de ti. De tus pensamientos.

Y yo la he encontrado. A veces me cuesta llegar a ella, porque es más fácil encender el móvil, que abrir la libreta, pero cuando lo hago, cuando consigo sujetar el boli y hacerlo bailar por las hojas, me siento libre, me siento feliz, me siento orgulloso, pleno, pero, sobre todo, me siento seguro. Seguro en ese cuarto blanco, me siento a salvo de todo lo desconocido, de todo eso que no sé controlar, excepto cuando paso las páginas y lleno las líneas.